

# UVE

TIMMY, MANUEL Y EL MISTERIO  
DE LOS NIÑOS POSEÍDOS



m̄

# UVE

**TIMMY, MANUEL Y EL MISTERIO  
DE LOS NIÑOS POSEÍDOS**

© UVE, 2023

Edición y fijación del texto: Iñaki Oliver, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Ediciones Martínez Roca, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

[www.mediciones.es](http://www.mediciones.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño

Ilustraciones de cubierta e interior: © Beni Lobel, 2023

Diseño de interior: María Pitironte

ISBN: 978-84-270-5063-1

Depósito legal: B. 21.738-2022

Preimpresión: Safekat, S. L.

Impresión: *Liberduplex*

Primera edición: enero de 2023

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

# ÍNDICE

9	<b>INTRODUCCIÓN.</b> <b>Una propuesta inusual</b>
16	<b>CAPÍTULO 1.</b> <b>Una llegada agitada</b>
32	<b>CAPÍTULO 2.</b> <b>El encuentro con el niño poseído</b>
48	<b>CAPÍTULO 3.</b> <b>Los peores temores de Uve se hacen realidad</b>
63	<b>CAPÍTULO 4.</b> <b>El viejo Horace McDermott</b>
79	<b>CAPÍTULO 5.</b> <b>La emboscada en el cementerio</b>
94	<b>CAPÍTULO 6.</b> <b>Persecución en la iglesia</b>
109	<b>CAPÍTULO 7.</b> <b>El caserón del viejo Horace</b>
126	<b>CAPÍTULO 8.</b> <b>Huida a través de la nieve</b>
141	<b>CAPÍTULO 9.</b> <b>El pasado sale a la luz</b>
156	<b>CAPÍTULO 10.</b> <b>La revelación de Lester Burhamm</b>
171	<b>CAPÍTULO 11.</b> <b>La mina abandonada</b>
185	<b>EPÍLOGO.</b> <b>De vuelta a casa</b>

## CAPÍTULO 1

# UNA LLEGADA AGITADA

El viaje a Estados Unidos fue largo y aburrido. Uve intentó disfrutar de la comida del avión, pero estaba tan nervioso que apenas pudo notar su sabor. Para sobrellevar el interminable viaje, y puesto que la pantalla que tenía delante de su asiento, para variar, no funcionaba, el chico se pasó la mayor parte del tiempo mirando por la ventanilla y contemplando las maravillosas vistas. El azul del mar solo era eclipsado por el blanco de las nubes. Por fin, tras más de seis horas de vuelo, el avión aterrizó en el aeropuerto de Denver, Colorado. Al sentir que el aparato se detenía, Uve comenzó a morderse las uñas. ¡Ya no quedaba nada para conocer a Manuel y a Timmy! Sin perder un segundo, tomó el transportín donde viajaba Freya y corrió hasta la cinta de equipajes. Allí, agarró su mochila y se dirigió a una sala donde una multitud de personas esperaba a los

viajeros. Uve comenzó a leer los nombres de los carteles. Por lo visto, todo el mundo estaba buscando a alguien. Finalmente, entre tantos letreros, consiguió localizar el suyo. La persona que sostenía el cartel era inconfundible: figura alargada, brazos escuchimizados, pelambrera desordenada y gafas de sol.

—¡Timmy! —gritó.

El chico, al oír que lo llamaban, avanzó media docena de pasos y sonrió. Luego, estiró el brazo para saludar al más puro estilo americano, pero Uve rechazó el apretón de manos y optó por el abrazo español, que era un gesto más cálido.

—¡Qué pasa, bro! —exclamó el joven estadounidense—. ¿Qué tal el viaje?

—Se me ha hecho muy largo —respondió Uve—, pero creo que es por las ganas que tenía de llegar. Por cierto, ¿dónde está Manuel? ¿Cómo es que no ha venido contigo al aeropuerto?

Timmy formó una gran pompa con su chicle antes de contestar.

—Se ha quedado en casa, trabajando.

—¡Qué responsable! —dijo Uve.

—¡Y tanto! Manuel es un tipo muy serio y formal. Ya lo conocerás. Se supone que es el «cerebrito» y el jefe de la pareja.

—Y tú, ¿cómo eres?

—Yo soy más loco y natural —contestó el chico con gafas de sol—. Ya sabes, me gusta entrar en acción.

—Eso es bueno —dijo Uve—. En el fondo, os complementáis.

—Sí, supongo que sí —declaró Timmy, levantando los hombros—. El caso es que no ha podido venir porque ahora mismo está revisando unas grabaciones que nos han mandado.

—¿De un caso paranormal? —preguntó Uve.

—¡Exacto! En los audios nos ha parecido escuchar la voz de un espíritu pidiendo ayuda, por eso Manuel ha preferido estudiar las cintas con más detenimiento. Quería saber si se trataba de un troleo o era algo realmente serio. Como nos ha llegado de manera anónima es difícil determinarlo.

—¿En serio?

Uve estaba flipando. Apenas podía creerse lo que oía. Era como estar en una película de suspense.

—Sí. Ya te iremos contando todas estas movidas. Ahora vamos a casa. Manuel tiene muchas ganas de conocerte.

Tras decir esto, Timmy tomó el equipaje de Uve y lo condujo hasta el aparcamiento. Cuando llegó hasta un enorme cochazo negro que parecía sacado de uno de esos programas televisivos de peleas de camiones, se paró y sacó las llaves.

—Caray, qué cochazo —admiró Uve.

—Sí. Aquí, en Estados Unidos, los carros son de tamaño gigante, igual que las hamburguesas. Ya lo comprobarás. Todo es XXXL.

Sonriendo, el muchacho subió al asiento del copiloto y se puso el cinturón. Timmy, mientras tanto, se colocó al volante y encendió el motor. Durante el breve tiempo que duró el trayecto, los dos chicos no pararon de hablar; especialmente

Timmy, que trató de explicar a su invitado cómo habían sido los últimos dos años de su vida.

—No paramos —le explicó—. Desde que empezamos a colgar vídeos en Internet, la gente se ha vuelto *crazy*. Nos piden ayuda todo el rato. No damos abasto.

—Vaya —comentó Uve—. Eso es que os estáis haciendo muy famosos.

—Sí—dijo Timmy con orgullo, alargándole una cartulina serigrafiada—. Tenemos hasta nuestra propia tarjeta de empresa.

El chico la leyó en voz alta.

—«Agencia de investigación de fenómenos paranormales».

—Investigamos cacofonías, fantasmas, posesiones... No hacemos ascos a nada —aclaró el chico de pelo rubio.

—¡Caramba! ¡Qué profesionales!

En ese momento, el coche se detuvo frente a un chalet blanco de dos plantas con un pequeño porche. Timmy ayudó a Uve a transportar el equipaje mientras este se ocupaba de Freya. Manuel los recibió con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Qué onda! —dijo abrazándolo—. Espero que te sientas cómodo en nuestra casa. Veo que ya has conocido a Timmy, alias Cabeza-locas. Como habrás podido comprobar, él es el impulsivo y gracioso de la pareja. En cambio, yo soy más reflexivo.

—¡Cof! Querrás decir aburrido. ¡Cof! —dijo Timmy, llevándose la mano a la boca y haciendo que tosía.



—Sí —admitió Uve entre risas guiñando un ojo al chico de pelo rubio—. Timmy ya me ha contado cómo sois.

—¿Tienes hambre?

—No —contestó Uve—. Lo que me apetece es que me contéis vuestras aventuras.

—Ah, pues entonces será mejor que te sientes en el sofá —le recomendó Manuel ofreciéndole un refresco—, porque escucharlas todas puede llevarte bastante tiempo.

Uve rio con ganas. Estaba realmente emocionado de trabajar con aquellos chicos. Anteriormente, había hecho más colaboraciones, pero nunca se había metido en una aventura semejante.

—¿Qué es lo más extraño que os ha sucedido nunca? —preguntó Uve mientras soltaba a la gata y dejaba que inspeccionara la casa.

—¿Lo más extraño? —repitió Manuel—. No te lo vas a creer. Fue un caso que sucedió en un viejo teatro de Nueva York. Nos contactó el dueño y nos dijo que se le había aparecido el espectro de un antiguo actor que había muerto durante un incendio. Imagínate. Fue nuestro primer caso. Nosotros estábamos aterrados y no sabíamos qué hacer, pero...

De repente, Manuel tuvo que dejar de contar la historia porque su teléfono móvil, que estaba sobre la mesa del salón, comenzó a sonar.

—Un momento —dijo poniéndose en pie y tomando una actitud seria—. Ahora sigo contándote.

Antes de que volviera a sonar, el chico dio al botón del altavoz para que sus amigos pudieran escuchar la conversación.

—¿Aló? Manuel al aparato. ¿Con quién hablo?

Mientras esperaban la respuesta del interlocutor, Timmy se acercó hasta Uve y le habló al oído.

—Como puedes comprobar, a Manuel le gusta llevar la voz cantante durante los casos. Yo suelo dejarle que lleve la iniciativa porque a los adultos les gusta su forma pedante de hablar, pero a veces se pasa de «intensito».

—Buenas tardes —dijo una voz de mujer al otro lado de la línea—. Mi nombre es Julie Hammond. Siento llamaros a estas horas de la noche, pero no se me ocurría qué otra cosa podía hacer.

—No se preocupe —contestó Manuel al oír la angustia de la pobre señora—. Cuéntenos, ¿qué le ocurre?

—Veréis, mi nieto Jack, que tiene diez años, no se encuentra bien. Desde ayer, hace cosas muy raras.

—¿Qué tipo de cosas? —preguntó Manuel, agarrando un bloc de notas para apuntar.

—Se ha vuelto violento —dijo Julie, a la que por un momento pareció que le fallaba la voz—. Araña el suelo, grita sin motivo, come carne cruda, lanza objetos contra el techo e incluso se sube por las paredes.

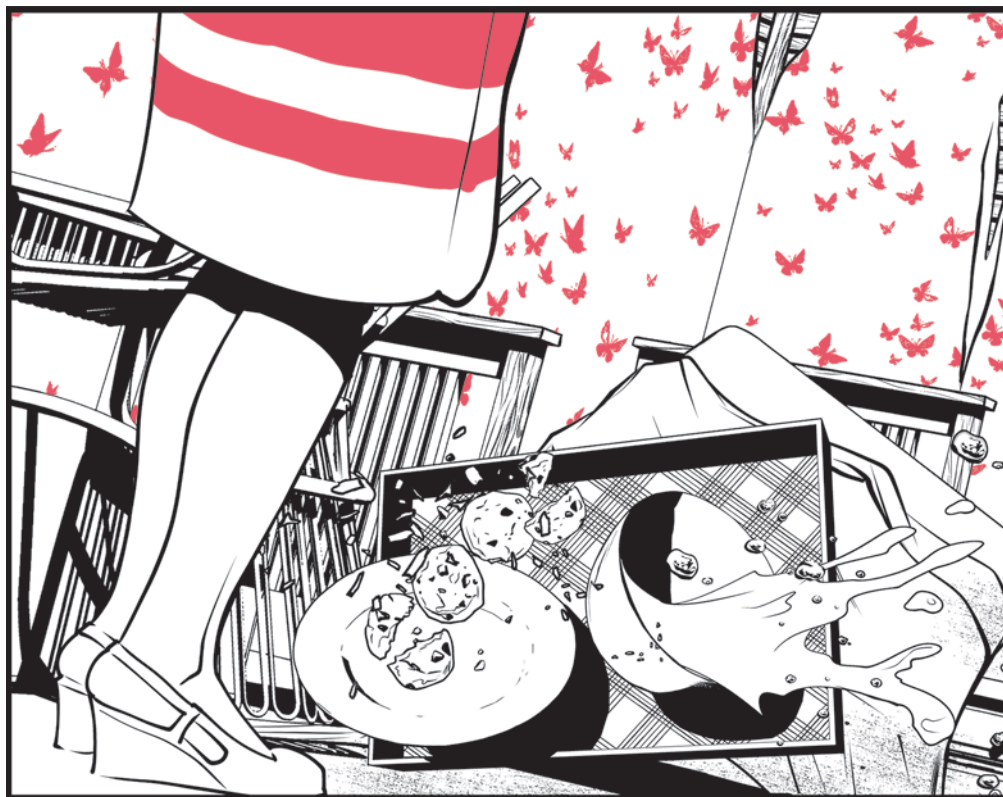
Manuel se volvió hacia sus amigos con cara de preocupación. Sus semblantes también eran de asombro.

—¿Cómo que se sube por las paredes? ¿A qué se refiere?

—Lo que oyes. ¡A mi Jackie le pasa algo muy raro!

—¿Está segura, señora Hammond? —dijo Timmy acercándose al móvil que estaba encima de la mesa y tomando el protagonismo.

—Es la verdad —sollozó Julie tremendamente preocupada—. Ayer Jackie regresó a casa y no se encontraba bien. Yo le llevé la cena a la cama y le dejé dormir. Pero esta mañana, cuando he ido a ver qué tal estaba, mi nieto había perdido su semblante alegre. En su lugar, tenía un rostro demacrado, la piel pálida y los ojos rojos y ausentes, como si hubiera perdido la cordura. Esta tarde, al ir a llevarle la merienda a su cuarto, he visto que no estaba. Enseguida me he puesto a buscarlo por todos lados, pero nada, que no aparecía. Entonces he mirado hacia arriba y lo he visto, enganchado a



una de las cortinas, como si fuera un mono, balanceándose de un lado a otro.

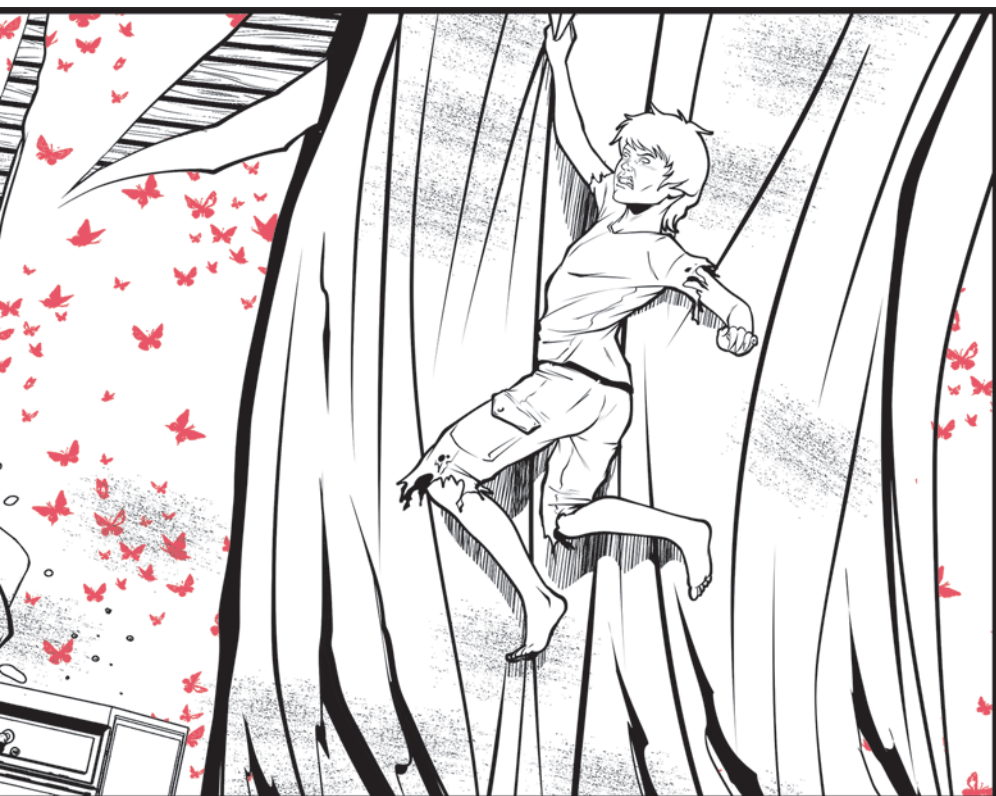
La pobre mujer, al terminar de relatar la historia, profirió un gemido de angustia.

—No llore, señora Hammond —le pidió Timmy—. No piense que desconfiamos.

Al otro lado de la línea se oyó cómo Julie se sonaba los mocos.

—No te preocupes. Lo único que quiero es que alguien me pueda explicar qué está ocurriendo. Según tengo entendido, vosotros sois investigadores, ¿verdad?

—¡Eso es! —corroboró Manuel—. Nos hemos especializado en estudiar casos paranormales. Así que, por lo que cuenta, ha llamado a las personas acertadas.



A Uve le impresionó la forma de hablar de su nuevo amigo. Sonaba como una persona diez años mayor. Transmitía tranquilidad, pero también profesionalidad.

—No sabéis cuánto me alegra escuchar eso —dijo la mujer, nerviosa—. ¿Sería posible que vinierais hoy mismo a Smalltown? Sé que el pueblo está muy lejos y que los informativos han avisado de una posible tormenta de nieve, pero estoy totalmente desesperada.

Es cierto. La mujer parecía a punto de sufrir un infarto. Su voz se entrecortaba, como si acabara de terminar una carrera.

—¿Smalltown? —repitió Manuel mientras pensaba—. Eso está a más de tres horas en coche. Lo siento, señora Hammond, pero creo que viajar hoy es un poco peligroso. ¿Qué le parece si lo dejamos para mañana?

—No —contestó la mujer, muy seria—. Tenéis que venir hoy. Mi Jackie no puede esperar. Su vida corre peligro.

—Está bien —aceptó Manuel—. Cuéntenos un poco más. ¿Había tenido alguna vez su nieto un comportamiento similar?

Se oyó un suspiro al otro lado del aparato. Realmente la mujer parecía estar pasándolo muy mal.

—No. Jackie siempre ha sido un niño muy bueno. Magnífico estudiante y respetuoso con los mayores. Fijaos que es miembro de los Boy Scouts y también pertenece al club de ajedrez del colegio.

Manuel apretó un botón para silenciar el teléfono y se dirigió a sus amigos preocupado.

—¿Qué opináis? ¿Pensáis que debemos ir a Smalltown?

—No lo sé, bro —contestó Timmy—. A mí todo esto me suena muy *crazy*. Los niños de diez años no se suelen comportar así.

—Es cierto —reconoció Manuel—, pero la mujer suena sincera y nuestra especialidad son los casos con chavos in-sólitos. Por eso pienso que deberíamos ir a echar un vistazo. Si todo es *fake*, no nos llevará mucho tiempo descubrirlo. Y si es verdad...

—Si es verdad —prosiguió Uve—, ¡sería una auténtica pasada!

Manuel sonrió al ver la reacción de su nuevo amigo y volvió a apretar el botón del móvil para seguir hablando con Julie.

—¡Está bien, señora Hammond! ¡Iremos a ayudarla! Mándenos las coordenadas e iremos hasta Smalltown.

—Ay, ¡qué bien! —exclamó la mujer, lanzando un chillido de alegría—. Sabía que podía confiar en vosotros. ¡No os podéis hacer una idea de cuánto me tranquiliza que vengáis!

Antes de despedirse, la señora Hammond les dio las indicaciones y, tras darles las gracias por novena vez, colgó. Timmy y Uve se pusieron a hablar entre ellos, nerviosos.

—Bueno, Uve, te quejarás. ¡Ya tienes lo que querías! ¡Tu primera investigación paranormal!

—¡Sí, no me lo puedo creer! —exclamó el chico—. Apenas llevo un par de horas aquí y ya nos han encargado un trabajo.

—¡Y lo que parece ser una posesión... o una broma pesada de un chaval!

—Qué alegría que haya ocurrido algo así —dijo Uve, pero enseguida se arrepintió de haber utilizado esas palabras—. Bueno, no, qué mal. Es una pena que ocurran estos sucesos, pero... Bueno, ya sabéis lo que quiero decir.

—Sí —contestó Manuel—. En realidad, solo te alegras de que podamos ser útiles.

—¡Eso es! —confirmó Uve.

—Venga, será mejor que nos pongamos en marcha —les cortó Timmy—. El viaje es largo. Smalltown está más lejos que Mordor.

Era cierto. Si querían llegar al pueblo esa misma noche, debían partir enseguida. A Uve no le costó nada prepararse, ya que ni siquiera había deshecho la mochila. Solo tuvo que meterla en el coche de nuevo y volver a guardar a Freya en el transportín para gatos.

Cuando Timmy y Manuel terminaron de empaquetar sus cosas y salieron de la casa, Uve pudo comprobar que el tiempo había empeorado. Ahora el cielo estaba cubierto de nubes y había comenzado a nevar. El termómetro indicaba que la temperatura había caído diez grados y en la carretera había una fina capa de hielo.

—Chicos, ¿qué opináis del asunto? —preguntó Uve—. ¿Creéis que lo que dice la señora Hammond es verdad?

—No sé —dijo Timmy—. Tal vez todo sea un troleo del pequeño Jackie. A veces los niños hacen inocentadas de este tipo para divertirse...

—Cierto —admitió Manuel—. Pero también es posible que sea verdad. Cosas más raras hemos visto, así que habrá que comprobar lo que dice Julie.

—Sí. Puede que tengas razón —declaró Timmy—. La pobre mujer parecía muy angustiada.

—¿Tú qué piensas de todo esto, Uve? —preguntó Manuel de repente.

El chico levantó los hombros sin saber qué decir. Siempre se había resistido a creer en fantasmas y todo tipo de seres sobrenaturales. Su mente racional le decía que tenía que haber una explicación lógica tras aquellos fenómenos. No obstante, su curiosidad innata le hacía querer saber más sobre el tema. Los fenómenos ocultos y las apariciones paranormales siempre le habían llamado la atención.

—Lo más probable es que se trate de un chiquillo que quiere hacerse famoso a costa de vuestros vídeos —dijo finalmente.

—No sería la primera vez —admitió Timmy.

—¿A qué te refieres? —preguntó Uve.

—Una vez una persona quiso hacernos creer que su casa estaba encantada para salir en nuestro canal.

—Por suerte —prosiguió Manuel—, conseguimos descubrir todos los mecanismos que había instalado en su piso.

Y así, entretenidos con miles de anécdotas, los chicos fueron avanzando por la estrecha carretera. Al cabo de un rato, el ruido del motor del automóvil fue apagando sus voces.



El viaje en avión hasta Denver había sido muy largo y Uve empezó a sentir los primeros síntomas del *jet lag*. Además, los acontecimientos que habían ocurrido a lo largo de todo el día lo habían dejado agotado y ahora su cuerpo le pedía dormir. El pequeño vaivén de la camioneta hizo que pronto entrase en un estado de relajación. Sus ojos comenzaron a cerrarse y su respiración se acompasó. Al cabo de dos horas, una voz lo despertó.

—Vamos, Uve, levanta —dijo Timmy suavemente—. Hemos llegado.

El somnoliento muchacho abrió los ojos y vio que el vehículo se había detenido frente a un cartel que anunciaba el nombre del pueblo. Lentamente, estiró los brazos y miró a su alrededor. Manuel, que también se había quedado traspuesto, se desperezó y salió del vehículo. Timmy hizo lo mismo.

—¿Qué pasa? —preguntó el muchacho, preocupado al ver que su amigo había salido del vehículo.

—Resulta peligroso seguir adelante con tanta nieve —explicó Timmy, que había abierto el maletero del coche y ya estaba reordenándolo todo—. El hielo puede hacer que nos salgamos de la carretera. Lo mejor será seguir a pie.

Uve echó un vistazo a su alrededor. A lo lejos, pasada una pequeña arboleda, se podían divisar unos cuantos tejados, señal inequívoca de que el pueblo no estaba lejos.

—¿No deberíamos llamar a Julie para que nos explique cómo llegar? —preguntó Uve al ver que la noche se había

cerrado sobre ellos y el suelo había quedado cubierto por una enorme capa de nieve.

—No hay cobertura —explicó Manuel enseñándole la pantalla del móvil—, pero no te preocupes. Las casas que se ven allí al fondo son las del pueblo, así que no tendremos que andar demasiado.

Tras decir eso, se acercó hasta donde estaba su socio y comenzó a guardar en una mochila el material que utilizaban para sus investigaciones: guantes para no ensuciar la «escena del crimen», cámaras de visión nocturna, bolsas transparentes con cierre a presión, detectores de movimiento, pinzas para recoger objetos, chips de seguimiento...

—¡Guau! Menudo equipo más profesional tenéis —exclamó el chico, admirado.

Al oír el comentario, Timmy se puso a fanfarronear.

—Ya les gustaría a los cazafantasmas tener la mitad de nuestros *gadgets*.

Después de recogerlo todo, Uve tomó la mochila en la que iba Freya y se puso a caminar. No resultaba nada fácil avanzar entre la nieve, ya que esta llegaba hasta las rodillas. Además, no se podía ver nada con la ventisca. De modo que los tres amigos no tuvieron más remedio que avanzar a ciegas.

—Oye, ¿no tenéis la impresión de que alguien nos está espionando? —preguntó Uve parándose de golpe.

El chico llevaba ya un rato con la sensación de que un par de ojos lo estaban observando, pero cada vez que se giraba para comprobar si esto era cierto, no veía nada.

—Sí. Yo también me he dado cuenta, ¡qué escalofrío! —dijo Timmy—. Es una sensación muy desagradable.

Manuel entrecerró los ojos y miró los alrededores, pero no consiguió vislumbrar más que copos de nieve esparciéndose por todos lados.

—No seáis paranoicos, colegas —dijo tratando de mostrarse racional—. Con la tormenta que está cayendo, me parece extraño que haya una persona paseando por el bosque.

—Sí. A mí también me parece raro —comentó Uve—, pero es que me ha parecido ver una sombra entre esas rocas.

—Bah. Lo más probable es que haya sido un ciervo tratando de buscar un refugio.

—Tienes razón —aceptó el chico—. Es una locura estar fuera con este frío. Nadie en su sano juicio saldría a dar una vuelta.

Tras decir esto, los tres amigos se pusieron en marcha de nuevo. Por fin, tras quince minutos de camino, llegaron a las primeras casas del pueblo.

—¡Lo hemos conseguido! —informó Timmy—. ¡Estamos a salvo!

Nada más lejos de la realidad. A lo lejos, en la distancia, la extraña sombra que los había estado siguiendo se esfumó



por un callejón. Aunque se había prometido acabar con los tres muchachos, todavía no era el momento adecuado para hacerlo.